

MAGNA

Citigold



VARANASI

EXPERIENCIAS

DIARIO DE VIAJE

KILIMANJARO



Romina Pakgojz tiene 39 años. Hace 22 que trabaja en la empresa familiar de catering. Un día decidió poner pausa a su vida y se fijó como meta escalar el monte Kilimanjaro. No solo lo logró, sino que también aprovechó para vivir una de las experiencias con las que siempre había soñado: un safari africano. Aquí lo cuenta en primera persona.

U na cumbre más... pero no cualquiera, sino mi primera de las siete summits (las montañas más altas de cada continente). Tampoco fue un día azaroso: el 21 de junio es el día en el cual cambia el solsticio de invierno. Y todo esto enmarcado por los impresionantes paisajes de Tanzania, África.

Después de largas horas de viaje, cambio de aviones y esperas en aeropuertos, la aventura empezó el 15 de junio en Moshi. Me acompañaban seis hombres argentinos, entre ellos nuestro team leader de Antis Outdoor®, y 11 africanos que hicieron de portadores y cocineros los días subsiguientes. Juntos, iniciamos la caminata al gigante Kilimanjaro.

Primero llegamos a la puerta de entrada, Machame Gate, a 1900 metros. El primer día caminamos ocho horas a través de una selva hasta llegar al campamento. Ahí nos esperaban las carpas armadas y una comida exótica para reponer las energías. La meta de la segunda jornada era llegar a Shira Camp, a 3900 metros. La caminata fue un poco más corta y alentadora: por primera vez divisamos la cumbre. Se veía muy grande... y muy lejos. Ya al tercer día empecé a sentir el cansancio. Quedé sorprendida con la belleza de unos palmares llamados Senecio kilimanjari, que jamás había visto en mi vida. Al día siguiente

te amanecimos entre las nubes. Este tramo no solo incluía caminata, sino también muchas trepadas de rocas hasta el campamento Barafu, a 4700 metros. Las exigencias iban en aumento, pero me había preparado para eso. Además, esta ya era la última parada antes de encarar la cumbre, así que tratamos de descansar esas tres horas que nos separaban de la recta final. Por supuesto, mi ansiedad y nervios no me dejaron dormir mucho. A las 23 nos levantamos. Esta jornada empezaba distinto, de noche. La única iluminación provenía de nuestras linternas frontales, que marcaban el camino a seguir. Hacía mucho frío, más del que esperábamos. Nuestras esperanzas de que el amanecer fuera a revertir esa situación se borraron en el instante en el que empezó a nevar. A pesar de tener el cuerpo frío, pude disfrutar del paisaje, tan blanco y puro. No puedo mentir: justo antes de llegar a la cumbre, en el Stella Point a 5750 metros, tuve ganas de renunciar. Pero nuestro líder y amigo, Gonzalo,

me dio la fuerza necesaria para seguir. Lo que vi después no lo puedo describir con palabras. De repente, las nubes se disiparon y dejaron al descubierto los glaciares del Kilimanjaro. Con ese paisaje apareció la cumbre. Ahí estaba. Ya casi llegaba al techo de África, a 5895 metros, para ser más exacta. Cuando finalmente pisé la cumbre, me llené de emoción: había sido muy duro llegar, la altura y el mal clima habían hecho todo más complicado. Pero lo superé junto a mis compañeros de ruta y, juntos, coronamos el Uhuru Peak. ¡Qué sensación tan maravillosa!

El descenso fue mucho más sencillo. El sexto día nos encontró ya en la base, en donde una camioneta nos esperaba para trasladarnos nuevamente a Moshi. Estábamos cansados, pero felices de haber alcanzado el objetivo. Después de tanto sacrificio, era momento de relax, así que partimos rumbo a la reserva natural del parque Amboseli, en Kenia, para disfrutar de un safari. Y, para cerrar este viaje exótico, elegí las playas paradisíacas de Zanzíbar.

Estoy feliz por la experiencia que viví y por el grupo humano que conocí. Jamás voy a olvidar que un día me propuse una meta que parecía imposible y la convertí en realidad. Ya pasó un año y sigo soñando con lo que fue y con lo que será mi próxima cumbre. ©

El Uhuru Peak, el
techo de África, está
a 5895 metros sobre
el nivel del mar

Más info en www.antisoutdoor.com/ar/

